



AUTOMOBILE DEALERS SUMMIT

México DF, 18 de abril de 2008

Los organizadores me propusieron que dedicara esta intervención a hablar sobre la situación polarizada que actualmente experimenta Latinoamérica, y sobre su impacto en la región, desde la perspectiva exterior.

Eso haré, porque soy una persona muy disciplinada. Y hablaré claro, como siempre hago. Sin andarme por las ramas.

Antes, no obstante, haré algunas aclaraciones y comentarios que considero imprescindibles.

El primero es que mis opiniones e impresiones son las de alguien que no vive en América Latina pero que pasa muchas semanas al año recorriendo toda la región. Esto me permite conocer sus problemas y vicisitudes con más cercanía que quien simplemente analiza la situación política, económica y social desde el exterior, como un mero observador.

Mi segundo comentario se refiere a mi condición de político que ya no está en activo, que hace cuatro años abandonó voluntariamente la Presidencia del gobierno tras ocho años al frente del gobierno español.

Desde entonces me dedico a defender las ideas en las que creo. De eso nunca me voy a retirar. Nunca me cansaré de la tarea de defensa de la libertad del individuo, de los principios y valores universales en los que sustenta la civilización occidental, de la que América Latina, sin ningún género de dudas, forma parte.

Mi tercer comentario tiene que ver con el asunto elegido para departir hoy: la situación de América Latina. Y ese comentario es más bien un elogio a su elección. Porque este asunto no puede ser de mayor importancia y actualidad.

Y no lo digo por quedar bien. Me explico. Mi preocupación por el presente y el futuro de Latinoamérica me llevó hace un poco más de un año a impulsar un informe estratégico sobre esta cuestión, que he tenido la oportunidad de presentar en prácticamente toda la Región, así como en España y los Estados Unidos.

Este informe, que sinceramente les recomiendo, se titula “América Latina: una Agenda de Libertad”.

Y es que, por desgracia, lo que está en juego en América Latina es mucho, muchísimo. Les diría, sin miedo a exagerar, que está en juego todo, porque la libertad lo es todo. Y eso es lo que está en juego, nada menos que la libertad, que además de un valor irrenunciable es la mejor garantía de prosperidad y de equidad.

América Latina es una región con grandes oportunidades, por muchos errores que se hayan cometido en el pasado.

Pero afronta, al mismo tiempo, enormes riesgos. Los enemigos de la libertad son poderosos y han ganado terreno en los últimos años. Sólo una defensa firme y continuada del modelo democrático liberal por parte de quienes creemos en el futuro de una América Latina en libertad y reconciliada con la prosperidad podrá evitar el triunfo de quienes quieren hacer retroceder a esta Región varias décadas. De

quienes quieren implantar eso que se ha llamado el socialismo del siglo XXI, que, como otras veces he dicho, fracasará igual que fracasó el del siglo XX, pero que, encima, es mucho más aburrido, porque conocemos de antemano sus resultados.

América Latina debe evitar caer en la trampa que los enemigos de la libertad han tendido con habilidad cuando se refieren al supuesto fracaso de los modelos económicos neoliberales en la Región.

Asocian con indudable y falaz maestría la falta de progreso económico y social con la supuesta implantación de economías capitalistas de mercado en Latinoamérica.

Y no podemos caer en su trampa. Porque, como explica ese gran maestro que es William Baumol en su libro “Buen capitalismo, mal capitalismo y la economía de la prosperidad”, hay formas buenas y malas de implantar modelos económicos capitalistas.

Un modelo capitalista reñido con la libre competencia, con el libre mercado, con la estabilidad institucional, con las adecuadas garantías a la propiedad privada y con ausencia de corrupción es un ejemplo de mal capitalismo.

Ese no es el modelo económico que defendemos, naturalmente, pero, desgraciadamente, es el modelo que, con variantes, avanzó en no pocos países de América Latina en el marco de lo que se denominó la era de las políticas económicas liberales.

Todos sabemos que nada positivo cabe esperar de un modelo económico de esta naturaleza, reprimido por su cierre al exterior,

paralizado por los monopolios y oligopolios privados, inhibido por la ausencia de estabilidad institucional y lastrado por la corrupción.

Un buen modelo capitalista es aquel que abre su comercio al mundo, que abre sus inversiones al extranjero, que garantiza la estabilidad de sus instituciones económicas y jurídicas, que protege los derechos privados de propiedad y que destierra la corrupción. Pero esos ejemplos de buen capitalismo no abundaron precisamente en la Región en la denominada etapa neoliberal.

Y eso es lo que esta Región necesita. Una era de buen capitalismo. Y de eso hay ejemplos.

En materia de prosperidad y mejoras en la equidad y la distribución de la renta, América Latina tiene ejemplos internos en la Región que tomar como referencia exitosa.

Hay naciones como Chile que han apostado con decisión por la libertad económica, por la apertura, por el comercio libre. Y ahí están los resultados. La consecuencia ha sido una economía modernizada, que se ha abierto con decisión al mundo, ha generado progresos sustanciales en la renta por habitante, ha reducido notoriamente la pobreza y ha conseguido extender y reforzar su modelo de protección social.

De este modo, Chile es hoy una referencia de éxito para América Latina y el resto del mundo.

México es otro ejemplo de progreso. El buen trabajo de mi buen amigo Felipe Calderón continúa el emprendido por mi también buen amigo Vicente Fox.

En unas elecciones presidenciales vitales para su futuro, México evitó precipitarse al abismo, pero hace falta continuar trabajando con convicción en la construcción de un futuro próspero impulsando reformas económicas estructurales, garantizando estabilidad macroeconómica, promoviendo la apertura económica al exterior mediante acuerdos comerciales multilaterales, regionales y bilaterales y, por encima de todo, garantizando la estabilidad institucional.

Sobre todo, esto último. Porque como bien explica quien fue Ministro de Economía de mi gobierno y posteriormente Director Gerente del Fondo Monetario internacional, las peores crisis económicas son las que resultan de crisis políticas, que hacen saltar por el aire todo el marco institucional y condenan a los países a largos períodos de retroceso en prosperidad.

Y es que, queridos amigos, lo subrayaré: las reformas económicas estructurales, la estabilidad macroeconómica, la apertura económica al exterior y la estabilidad institucional, que no son otra cosa que factores de libertad económica, son los pilares de una política económica que genera confianza, un ingrediente que es a su vez condición imprescindible del éxito económico.

Y para ello puedo traer a colación el ejemplo de España, un país aún en vías de desarrollo en los años sesenta, con enormes

carencias, con importantes niveles de pobreza, que recibía ayuda al desarrollo de las instituciones multilaterales, que expulsaba cada año a cientos de miles de españoles que emigraban al exterior, y que hoy, fruto de la estabilidad política y social del período democrático, es una nación de más de 30.000 dólares de renta por habitante, con algunas de las empresas multinacionales más competitivas del mundo, con uno de los mejores sistemas sociales del mundo, con una distribución de la renta mucho más equilibrada y que ha atraído a cinco millones de extranjeros al país en apenas 10 años.

Insisto, el progreso económico y el mejor reparto de la renta y de la riqueza que hoy disfruta España no habrían sido posibles sin ese marco institucional que ha garantizado la democracia y la libertad y ha generado confianza.

Y eso exige coraje político. Lo digo por experiencia. Porque para el dirigente político es siempre más fácil escuchar las voces aduladoras de quien dice que es mejor no hacer nada, no acometer reformas que tienen cierto coste político a corto plazo, aprovechar la buena coyuntura y culpar de las malas etapas económicas a la situación exterior, que generalmente suele vincularse con el gobierno del país de este continente en el que todos ustedes están pensando.

América Latina debe evitar el riesgo de que los altos precios de las materias primas seduzcan a sus gobernantes, como cantos de sirena, y los distraigan de la agenda económica de reformas, liberalizaciones, apertura y estabilidad institucional.

Porque disponemos de muchos ejemplos de países que, como en el cuento de la cigarra y la hormiga, lo confiaron todo a los ingresos derivados de la venta del petróleo u otras materias primas.

Yo soy de los que piensa que estos precios internacionales permanecerán altos durante bastante tiempo, porque estamos en presencia de profundos cambios estructurales en la economía internacional que han llegado para quedarse. China e India han abrazado el capitalismo y no van a arrepentirse de haberlo hecho. Esto cambia por completo los mercados mundiales.

Pero, insisto, confiarlo todo a los ingresos de los “commodities” es un grave error. No sólo por esa teoría contrastada que los economistas denominan la “maldición de los recursos naturales”, sino más bien y sobre todo porque no hay sustitutivo posible de la prosperidad que generan las empresas, con su dinamismo, su capacidad de generación de empleo y su innato impulso innovador.

Esa es la razón fundamental del éxito de las políticas reformistas liberales, de las bajadas de impuestos, de la contención del gasto público, de las privatizaciones y de la estabilidad presupuestaria. Dan paso a la iniciativa privada, la insustituible capacidad emprendedora.

Porque cuando hay confianza y las personas toman sus propias decisiones económicas, se crea empleo y riqueza. Y así se puede aumentar y financiar servicios sociales básicos como la educación, la sanidad y las pensiones, al tiempo que se construyen las infraestructuras necesarias para cualquier nación moderna.

Con determinación y buenas ideas, América Latina puede alcanzar un gran progreso. Porque no hay países condenados al fracaso o incapaces de poner en práctica políticas que generen progreso y riqueza. Lo que sí hay es ideas buenas y malas; gobernantes capaces o incapaces; políticas públicas sensatas y eficaces y otras demagógicas e insolventes.

Pero sería cuando menos ingenuo pensar que, en un mundo globalizado, las bases de cualquier avance pueden mantenerse al margen de lo que ocurre en el resto del planeta.

La realidad que nos ha tocado vivir es, gracias al fenómeno de la globalización, radicalmente distinta de la que vivieron las generaciones anteriores. La economía, el clima, la cultura, se ven afectados con carácter casi inmediato ante cualquier cambio producido en otro extremo del mundo, por insignificante que pueda parecer.

Algo parecido puede ocurrirle a nuestra libertad y a los valores que sustentan la sociedad abierta. Sus enemigos están beneficiándose también de todas las posibilidades que ofrece la globalización.

Y de hecho, eso es algo que está ocurriendo.

Los enemigos de la libertad hoy actúan en red. El relativismo en los valores, el populismo o el integrismo radical han dejado de ser fenómenos aislados y locales. Hoy actúan coordinadamente,

multiplicando así sus efectos perniciosos sobre la sociedad libre y abierta. De modo especial aquí, en América Latina.

Soy de los que creen que la mejor forma de solucionar los problemas es enfrentándose a ellos. Mirar hacia otro lado permaneciendo impasibles termina teniendo graves consecuencias. No querer ver la parte desagradable de la realidad, los peligros que se avecinan, es el camino más corto para el desastre.

Por eso es esencial en este momento, en que los enemigos de la libertad en todo el mundo, y muy especialmente en América Latina, se están reagrupando, estar a la altura de nuestras responsabilidades a la hora de defender la libertad.

Con el informe del que les hablé antes, “América Latina: una agenda de Libertad”, pretendimos abrir una reflexión en ese sentido.

Creo que es posible alcanzar consensos sobre el camino que todos los iberoamericanos debemos emprender juntos en defensa de nuestros valores y de los logros alcanzados, articulando políticas públicas que afiancen un orden de libertad y de progreso para América Latina.

Mi idea central en el debate sobre la actual polarización de la situación de América Latina es que los defensores de la libertad triunfaremos si somos firmes, constantes y valientes en la defensa del modelo en el que creemos, que no es otro que el que afirma que América Latina es una parte esencial de Occidente.

Con tantas peculiaridades como pueda tener cada uno de las regiones que integran el mundo occidental. Pero con los mismos valores compartidos. La democracia, el respeto a los derechos humanos, el imperio de la ley, la igualdad entre hombres y mujeres, la solidaridad o la subsidiariedad no son incompatibles con los distintos entornos culturales y con la propia historia.

La idea de libertad es central también en la concepción de la persona que subyace a toda la tradición occidental. La tradición en la que se funden el legado de Grecia, la herencia de Roma y la aportación del Cristianismo. Una concepción de la persona que es universal y que se basa en los conceptos de libertad y responsabilidad. Y que reconoce a todos los seres humanos una dignidad fundamental y unos derechos que el poder político debe reconocer y garantizar, porque son límites infranqueables de cualquier actuación pública.

Por eso en nuestra tradición occidental el poder político constituido sólo puede considerarse legítimo si reconoce, respeta y ampara esos derechos y libertades. Y no es casualidad que las sociedades son mejores, más libres y prósperas, cuando se basan en esos valores de libertad y de respeto a los derechos de la persona.

En los últimos años, se está produciendo un retroceso de la libertad en países de la región. Bajo el nuevo rostro del populismo, los derechos y libertades de muchos ciudadanos se están viendo pisoteados bajo la coartada de que todo lo realizado por un líder surgido de las urnas tiene legitimidad democrática.

Y no es verdad.

La democracia no se basa exclusivamente en la elección popular de los dirigentes. La democracia se fundamenta en que el límite infranqueable del poder constituido son las libertades y los derechos de los ciudadanos. Y por eso se necesitan unas instituciones fuertes capaces de contener la tentación de quienes pretenden abusar del poder político.

No hay democracia sin límites al poder y sin respeto a la ley y a las reglas del juego por parte de los gobernantes elegidos.

No existe democracia si no hay libertad de prensa y jueces independientes.

No se vive libremente si los gobiernos no apuestan por reformas para salir de la pobreza que favorezcan las economías abiertas y competitivas, el respeto a la propiedad privada y a los proyectos individuales de los ciudadanos.

Hoy, los populistas de América Latina están sacando provecho de la debilidad de instituciones democráticas esenciales. Su único objetivo es ganar elecciones para cambiar a placer la Constitución de sus países en busca de la reelección indefinida y del poder total y absoluto.

Frente a esa realidad, tenemos el deber ineludible de defender a esa mayoría silenciosa de ciudadanos para los que la libertad es un bien irrenunciable.

América Latina se enfrenta hoy a un dilema.

El dilema de elegir entre el populismo revolucionario o la democracia liberal.

Sabemos que el populismo revolucionario conduce al fracaso. Cuba es el ejemplo de cómo acaba ese camino que ha condenado a la miseria a millones de cubanos, y al exilio y a la cárcel a quienes se atreven a disentir del poder. Afortunadamente, comienzan a vislumbrarse señales incipientes de cambio, pero a años luz de lo que los cubanos necesitan y merecen.

El modelo ideológico revolucionario, que ha avanzado en Venezuela, Bolivia y Ecuador, tiene como raíz el odio hacia Occidente. En él no caben ni las libertades individuales, ni los tribunales independientes ni la libertad de expresión. La persona se convierte en un engranaje insignificante al servicio del proyecto totalitario. Y si tiene la tentación de disentir, la respuesta es la represión más brutal y despiadada.

Es preocupante que ese proyecto de populismo revolucionario haya recibido apoyo electoral en América Latina en los últimos tiempos. Está claro que la frustración ante expectativas que no se han cumplido es un caldo de cultivo muy favorable para que el populismo crezca.

Pero sabemos bien que ese populismo revolucionario condena a las sociedades que lo sufren a la pobreza, el aislamiento y al retroceso

de las libertades. Eso es precisamente lo que hemos visto en Cuba durante tantos años, y que comenzamos a ver, por desgracia, en otros países de la región.

Pero América Latina no está condenada a seguir ese camino. Tiene otra opción. La opción de los sistemas políticos democráticos, abiertos e integrados en el mundo. Una opción que lleva al desarrollo económico, político y social.

No hay ninguna razón para que Iberoamérica pueda avanzar con determinación por ese camino. Pero para ello hay que situar como prioridad esencial la defensa de la democracia, de los Derechos Humanos y de la libertad.

En el ámbito económico es en donde se percibe de manera más visible la diferencia entre las buenas y las malas ideas, entre un camino y el opuesto. Las buenas ideas articuladas en políticas públicas coherentes y sólidas atraen inversiones, incentivan a los emprendedores, motivan a la sociedad civil, empujan a las naciones a la prosperidad creando empleo y disminuyendo la pobreza.

En cambio, las ideas equivocadas tienen consecuencias desoladoras, como la historia se ha encargado de demostrar. La aplicación de políticas que coartan la libertad no es gratuita. Conlleva pobreza, desempleo y se traduce en la falta de oportunidades y de una perspectiva de mejora para millones de personas.

Un mayor desarrollo no es sólo tener más crecimiento económico y prosperidad. Gozar de más desarrollo es tener más democracia y libertad. Del uso que hagamos de esa libertad depende el futuro de las próximas generaciones de latinoamericanos.

Creo que los ciudadanos de América Latina tienen el derecho a vivir en sociedades abiertas sin tener para ello que abandonar sus países. Deseo que funcionen las instituciones, que haya libertad de prensa y un Estado de Derecho digno de ese nombre. Quiero que las leyes sean la expresión de la voluntad popular y no del populista de turno. Deseo que en todas las naciones de América se respeten los derechos fundamentales de todos y cada uno de sus ciudadanos.

Es fundamental asimismo el papel que deben desempeñar unos partidos políticos modernos, eficaces y comprometidos con la sociedad. No existe un sólo ejemplo de país en el que la desaparición o la erosión de los partidos políticos haya significado mayores cotas de prosperidad, democracia o libertad.

La democracia necesita partidos políticos serios y coherentes para funcionar con eficacia. Son una herramienta esencial para que los ciudadanos puedan participar en el proceso político y generar la estabilidad necesaria para generar confianza y crecimiento.

Si miramos el mapa y señalamos las naciones que han elegido el camino de la democracia y de la libertad veremos que coincide con aquellas en que sus ciudadanos han prosperado en mayor medida. No es casualidad que esas naciones sean las más prósperas. Que

sea allí donde haya más trabajo y oportunidades. Que sea a esas naciones adonde quieren ir a vivir los millones de personas que huyen de la opresión y de la miseria desde muchas partes del mundo.

Millones de personas sufren pobreza en esta región y buscan oportunidades. Y las oportunidades vendrán si hay un sistema económico que integre a todos en mercados eficaces. Si hay garantías jurídicas para los derechos de las personas. Si hay un clima de seguridad que atraiga inversiones, que son las que crean empleo y riqueza duradera.

Hay que establecer también sistemas fiscales sencillos, justos y eficaces. Que las personas contribuyan al mantenimiento de lo que debe hacerse entre todos. El Estado tiene que funcionar para garantizar los derechos con el esfuerzo de todos.

América Latina puede avanzar por la vía que han recorrido los países que tienen éxito. El camino de la apertura al mundo, de la democracia, del respeto por las libertades individuales, de la vigencia efectiva del Estado de Derecho, del derecho de propiedad, de la libre empresa. Un camino de éxito, democracia y libertad.

Es el camino que propongo para toda América Latina. Porque deseo con todas mis fuerzas que América Latina sea una de las regiones más prósperas, estables, justas y libres del mundo.

Mi interés está en que toda América sea una gran zona de estabilidad, progreso y libertad. Para lograr este objetivo se

necesitan los esfuerzos de todos los que creemos que el mejor camino es el de la democracia liberal, con unas instituciones sólidas y estables, y el de una economía de mercado fuerte y abierta. Yo no descansaré en mi esfuerzo de apoyo a todos los que creen que el mejor futuro para América Latina está en mantener el rumbo que marcan la apertura, la estabilidad, la democracia y la libertad.